

Unas clases de vida

"La risa, ella sola, ha cavado más túneles útiles que todas las lágrimas de la tierra" - (Julio Cortázar).

"Esto es cultura, animal" y "Esto es locura, anormal" de y por Alberto Restuccia, en el Teatro de La Candela.

Desde esta Babel donde la palabra, agobiada por el exceso y, al mismo tiempo, fracturada por la dispersión de significados, más que medio comunicador se vuelve obstáculo entre los humanos, fuente de malentendido, ambigüedad y hasta mala fe... un hombre de teatro —comprometiendo al máximo su creatividad— casi aguerridamente, se hace cargo de la situación. Porque lo que hubo de ser la protesta de Alberto Restuccia, a partir de 1979, se reelaboró y dio un salto hacia la propuesta y el juego. ("Protesta" suena parecido a "propuesta": quien protesta se siente poseedor de una alternativa, por lo menos. ¿Protestar es proponer un juego nuevo? ¿Proponer es protestar por los juegos gastados? ¿Jugar es proponer? ¿Proponer es protestar amablemente?).

Entonces, Alberto se inventó un lenguaje novedoso. Era en el "tiempo" de su teatro "Tablas". La prohibición de su espectáculo sobre Artaud lo afectó mucho. Y, de ese

silencio impuesto, nació esta obra de éxito perenne. "Esto es cultura, animal" que ahora se repone en el Teatro de La Candela. —"Voy a decir lo que decía en mi Artaud con un lenguaje inventado. Voy a hacer un espectáculo con mucho desenfado, por la vía del humor; algo que nadie entienda pero que todos entiendan"— se dijo Alberto.

A partir de la invención de un lenguaje articulado —pero no solamente— también se empezó a reinventar el mundo. Algo nació, o renació, o despertaba desde el escenario, en Restuccia y en los espectadores, a lo largo de un hecho teatral que sí se hizo vivencia de transformación colectiva. Porque todos parecen vislumbrar la "segunda" oportunidad, la risueña opción de comenzar de nuevo de volver a crear el mundo. Oír por primera vez obliga a "escuchar", a prestar atención, a ser poseído por el mensaje, a recibirlo. Entonces, de protesta y propuesta, pasamos a "respuesta". Y ya se ha restablecido el diálogo que no sólo está colmado de palabras divertidas, recién nacidas, sino de señales y de signos, de recursos extraídos de la esencia de lo ex-

presable para una entrega generosamente expresada. Ya no se trata de escuchar y comprender, conceptos, sino de recibir, de percibir con todos (o casi) los sentidos, con esas soberanas capacidades de aprehender el mundo que, en muchos, parecen dormir un sueño injusto. En el segundo espectáculo ("Esto es locura, anormal") Restuccia acentúa la exigencia de indagación y respuesta sensorial en el público: la respuesta pasa a ser, pues, "participación". Lo que nos parece, al comienzo, el balbuceo desarticulado del "idiota de Shakespeare" asume los significados de lo que sólo la risa hace tolerable. (Restuccia me recuerda la impunidad de los bufones de todos los tiempos para arrojar la verdad a los insensibles entre carcajadas). Por algo en Delfos las cabras "enloquecieron" primero que las sibylas. (Las cabras no entienden palabras; pero los significados —de lo de siempre: amor, vida, muerte— enajenan, exaltan o despiertan a cuantos estén limpios y vacíos de conceptos, aunque sea en el momento mismo de la vivencia, experimentada como algo único, irrepetible en el aquí y en el ahora, en el eterno presente de la existencia. (Los griegos sabían lo que hacían cuando instalaron mujeres en los tripodes de Delfos, criaturas in-

tuitivas, seleccionadas por su vacío de conocimientos intelectuales...) Sólo ellas podrían profetizar sin riesgo de tendenciosidad).

Entonces... entonces... en "La Candela", los viernes y los sábados, por la noche, con Alberto Restuccia los aburridos se divierten, los escépticos tienen ganas de creer de nuevo, los que se creen culpables recuerdan la inocencia, los viejos —si se animan— rejuvenecen, y los jóvenes hacen lo que debería hacer todo el mundo, jugar. Y, con un desenfado que habría encantado a Aristófanes, queda hecha la comedia. O, más bien, las comedias. Y este teatro que propone nuevos juegos y arranca respuestas, se hace sagrado. ¡Al fin! ¿Puede extrañar, pues, ese éxito sostenido que señalábamos?

"Tenemos que perder la cáscara culturizada que, en lugar de conectarnos con los seres y las cosas, nos separa —me dice Alberto Restuccia— Terminemos con la esquizofrenia de nuestro tiempo. Nequémonos a permanecer divididos y fragmentados". Respondo con entusiasmo. Me "doy cuenta" de que estoy de acuerdo. ¿Y ustedes?

Angela Cáceres ①



Los Estómagos

Rock uruguayo en 1987

¿Y ahora qué?

Para el llamado rock nacional ha quedado muy atrás en el tiempo, y quizás también en la memoria, el término marginal o *underground* que lo identificaba con cierto orgullo. Aquellas reuniones en apretadísimos recintos con chicos saltando en un clima denso de porros y cervezas y al compás epiléptico de una música visceral, se han ido diluyendo. Nadie las asesinó: sencillamente los espacios se fueron ensanchando y se fueron cumpliendo etapas. El goce inicial de unos pocos se tradujo en el acaparamiento de los medios de difusión, en mesas redondas, en polémicas a veces demenciales, y fundamentalmente, en un poder de convocatoria verdaderamente masivo. En noviembre de 1986 la rea-

lización del *Montevideo Rock* en la Rural del Prado, aseguraba en forma definitiva la consolidación del rock nacional. Más de 50.000 personas, durante tres jornadas, confirmaban eufóricamente la presencia líder del rock en el fecundo ámbito de la música popular uruguaya. El festival *Montevideo Rock*, más allá de la importancia de los artistas extranjeros invitados, del descomunal esfuerzo —inédito hasta entonces— estructural y organizativo, demostró que se podía tener un lugar no solamente en la comarca, sino fuera de ella. Sin embargo, cuando todo hacía pensar que el rock uruguayo se hinchaba desmesuradamente de logros y sobre todo de ambiciones, alguien pinchó el globo.

En 1987 la acción del rock se ha reducido casi a cero. De las decenas de grupos que insoslayablemente se hacen oír en las F.M., casi ninguno de ellos tienen oportunidad de exhibir a conciencia su material en vivo. Los *Tontos* (que acaban de obtener el disco de oro) y Los *Estómagos* (que están grabando en Buenos Aires), son los únicos que realmente han podido desarrollar su trabajo con la fluidez y el apoyo necesarios. Ni Los *Traidores* ni *Neoh 23* (un grupo excelente) ni el *Cuarteto de Nos* o *Zero*, han podido igualar en continuidad de trabajo a los dos grupos nombrados anteriormente. Es otra vez, como diría Darnauchans, la identidad de la pobreza haciendo de las suyas. Lo cual significa encerrar

las guitarras en los armarios por la falta de estímulos y de oportunidades.

Junio de 1987 está marcando, como la mano temblorosa que pinta un graffiti contestatario en cualquier pared, la falta de interés en un posible público que se creía conquistado. Esto, en consecuencia, ha generado en muchos músicos una sensación de desolación, de tirar la toalla, de volver al anonimato de los cuartos atestados de afiches entrañables.

Uno se pregunta, inevitablemente, qué está ocurriendo. Y la primera respuesta, por tan obvia, es que el mercado no puede resistir el impulso arrebatador de decenas de grupos de rock. Es tan elemental como desconsolador para los interesados (los músicos): no hay sitio para todos. ¿Se podría revertir la situación? Depende, a mi juicio, de que la corriente se profesionalice rigurosamente y de que, esencialmente, los managers, los productores y en especial los músicos, se pongan de acuerdo (y no hace falta agregar comentarios).

Pero, asimismo, hay otra respuesta mucho más elocuente: ningún grupo, absolutamente, ha logrado darle vuelta la cabeza a la gente. Es tan sencillo, como que en este país que discutimos y desbarrancamos, no pasa nada. Cuando Fito Páez dice "necesito declararme en cortocircuito", cuando el flaco Spinetta sentencia "quién resistirá cuando el arte ataque" cuando un personaje de *El sacrificio* de Andrei Tarkovski murmura "soy un coleccionista de incidentes", nos damos cuenta de la poca capacidad de incidencia que tenemos. Andamos siempre sobrevolando las cosas, su movimiento plastificado, su perversidad de domingos deportivos. Está faltando un grupo que sea un cortocircuito en escena, que provoque incidentes, que ataque y que, definitivamente, rompa con el discurso anémico de esta realidad de guantes prestados. No sé, finalmente, por qué siempre termino escuchando a Tom Waits. Estaré colonizado. Y no me importa. Y además, pensando en el rock nuestro, me pregunto: ¿y ahora qué?

Raúl Forlán Lamarque ①